

confesarlo: sentimos vergüenza; nó que traigamos entre manos una causa inmóvil ó dudosa; pero da compasión y rubor el rechazar un evidente signo de tontería y de petulancia en ciertos entes más ó menos cultos ó pedantes, que alardean, eso sí, de católicos como el que más, y que se figuran estrecharnos con las armas del error, cuando en realidad se lastiman á sí propios, por modo lamentable.

Entendemos hablar con españoles cristianos; que si alguno prefiere contarse entre los turcos ó los extraños, concedémosle que podrá causarle escozor nuestra Bula: mas entonces nos asiste el derecho de advertirle que para renegar de las glorias cristiano-españolas, tócale, como cuestión previa y de decoro, largarse allende las fronteras de nuestra bien querida patria.

Tres fases históricas ofrece nuestra Bula, y que publican con la elocuencia de los hechos cuánto ella vale y dice en favor nuestro: descubrámoslas, bien sea rápidamente, que no serán después osados para denostarla aquellos que la ultrajaran antes de conocerla.

*Las Cruzadas. origen de la Bula.* Era el año 1095: los feroces hijos del islamismo, extendidas por doquiera sus conquistas, tenían en el Oriente sometidas á Jerusalén y á toda la Judea. Los cristianos cruelmente allí tratados gemían bajo tamaños desastres, sin más consuelo que amargas lágrimas y lejanas esperanzas. Las peregrinaciones á la Tierra Santa, numerosas hasta entonces, no podían ya verificarse sin arrostrar zozobras y peligros incalculables. Descritos con amargura por Pedro el Ermitaño en el Concilio de Clermont tan inmensos males, hicieron que se levantara el papa Urbano II pronunciando las imperecederas palabras que arrancaron al pueblo cristiano aquel grito de guerra: *¡Dios lo quiere!* La Cruz roja en el hombro derecho fué la enseña de cada cruzado.

¡Hermosa guerra, empezada con *la tregua de Dios*, que impuso la paz á todas las enemistades públicas y privadas entre los cristianos de Europa! ¿Tendremos, acaso, necesidad de narrar toda aquella inmortal epopeya de las Cruzadas, ó de venir en su defensa porque la hayan impugnado algunos protestantes primero y los volterrianos después? Sin palabra dejó á los unos el martillo de los heterodoxos, Padre Jacobo Creter en su célebre comentario